

LA PARTICIPACIÓN DEL LECTOR EN EL DISCURSO HISTÓRICO DE *EL CARNERO*

Luis Hermosilla

Aunque en la época colonial hispanoamericana no se contaba con la extensa teoría de la recepción de la que se dispone actualmente, en varias de las crónicas de dicho periodo se atestigua la importancia que los autores de este género le concedían a la creación de una comunidad de expectativas con los lectores, que favoreciera la acogida de sus obras. Una de las crónicas que mejor revela este aspecto es *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada*, mejor conocida como *El carnero* (1638), de Juan Rodríguez Freyle. El análisis de las instancias dialógicas y los roles adjudicados al “lector” permite identificar algunas de las estrategias de las que se vale este autor para justificar la necesidad de la escritura de su obra y persuadir ideológicamente a los receptores de su época.

En *El carnero* las reiteradas referencias al receptor a quien, generalmente, se invoca con los términos “Lector,” “Curioso,” o “Amigo lector,” pueden ser relacionadas con la presencia de lo que Gérard Genette define como un narratario extradiegético: esto es, el receptor interno de una obra que posee características del lector empírico que permiten que el último se identifique con el primero (90).

En lugar de reservar el empleo del vocativo “Amigo lector” al espacio canónico del prólogo, a manera de estipular el propósito y plan de su obra, Rodríguez Freyle transforma este recurso en una estrategia narrativa recurrente, que se sostiene a lo largo de la formulación del discurso histórico. Insiste en presentar la escritura de la historia del Nuevo Reino de Granada como un viaje narrativo en el que el lector se constituye en un acompañante indispensable para la formulación y el fluir del discurso.

Uno de los aspectos que más gráficamente ilustra la concepción del discurso histórico articulado en esta obra como un viaje narrativo que exige la participación activa del “lector,” se percibe en las abundantes peticiones que se le formulan, tales como: “Ponga aquí el dedo el lector, y espéreme adelante, porque quiero acabar esta guerra” (30), o “Espéreme aquí el lector por cortesía un poquito” (289).

Aunque el “lector” no tiene una identidad concreta como personaje, se desempeña en el universo de esta obra a través de los roles actanciales que le adjudica el narrador como: agente fiscalizador que cuestiona la veracidad de la información ofrecida; evaluador de los recursos empleados en la escritura; almacenador de datos que el narrador retoma cuando lo estima necesario; y acompañante del viaje narrativo a quien se trata de persuadir sobre determinados aspectos políticos y morales que se formulan en el discurso histórico.

El “lector” también se representa en una posición de autoridad de cuya venia depende que, en ciertas ocasiones, el narrador se extienda en la narración de algunos detalles específicos del relato: “démec licencia el lector para que yo diga un poquito de lo que vide en Castilla el tiempo que en ella estuve, que yo seré breve” (306). Incluso, en determinados momentos, el narrador decide finalizar la presentación de algunos temas, argumentando como razón la necesidad de que el “lector” tome un descanso necesario durante el viaje narrativo (361).

El primer aspecto sobre el que Rodríguez Freyle pretende convencer a sus receptores está relacionado con la importancia y necesidad de escribir la historia del Nuevo Reino de Granada. En el primer capítulo resalta la ausencia de una obra que contara específica y detalladamente lo acontecido en dicho Reino: “no he podido alcanzar cuál haya sido la causa por la cual los historiadores que han escrito las demás conquistas han puesto silencio en esta, y si acaso se les ofrece tratar alguna cosa de ella para sus fines, es tan de paso que casi la tocan como a cosa divina por no ofenderla” (9).

Cuando afirma que la tarea de registrar por escrito lo acontecido durante la conquista del Nuevo Reino de Granada no había sido realizada por ninguno de los historiadores que le precedieron, se refiere específicamente a los padres Pedro Simón y Juan de Castellanos:

Y volviendo a mi propósito digo, que aunque el fray Padre Simón en sus escritos y noticias, y el padre Juan de Castellanos, en los suyos trataron de las conquistas de estas partes, nunca trataron de lo acontecido en este Nuevo Reino, por lo cual me animé yo a decirlo. (6)

Sobre este particular no emite un juicio enteramente acertado. Su aseveración obedeció a su conocimiento parcial de las obras de estos autores, ya que debido a razones de publicación, sólo se conocía el primer tomo de las obras de cada uno de ellos.

Rodríguez Freyle resalta que la facilidad con que se llevó a cabo la conquista del Nuevo Reino de Granada y el que los historiadores no encontraran hechos que celebrar, pudo haber provocado el desinterés de los mismos por dicho Reino.

Rodríguez Freyle logró darle a su obra un carácter innovador al apartarse de la visión épica como modelo para escribir la conquista y de los patrones de agresión esperados para contar la historia. En cierta forma, mató ceremonialmente a sus predecesores, ya que su crónica concentra en la descripción de las intrigas que surgen entre los "vecinos" de dicho Reino. Como lo señala Walter Mignolo, el autor de *El carnero* escribió "algo que difiere de la poética y de la historia, pero que al mismo tiempo tiene como objetivo guardar memoria de los hechos de la región de Nueva Granada" (101).

Rodríguez Freyle, quien declara que su interés consiste en preservar en la memoria colectiva lo acontecido en dicho Reino antes y durante la conquista: "para que no quede sepultado en las tinieblas del olvido" (5), justifica su empresa como una manera de "no ser desagradecido a mi patria" (5). Una vez establecida la necesidad de llenar el "vacío" que otros historiadores habían dejado sobre los sucesos acontecidos en el Nuevo Reino de Granada, así como su propósito de suplir dicha falta se siente obligado a reputar su autoridad para realizar dicha tarea. Apela al carácter fidedigno de sus fuentes informativas y a su experiencia personal. Resalta la estrecha amistad que, supuestamente, le unió a su informante don Juau, a quien identifica como, "sobrino de aquel que hallaron los conquistadores en la silla al tiempo que conquistaron este Reino: el cual sucedió luego a su tío y me contó

estas antigüedades” (17).

La estrategia de adjudicarle al “curioso lector” un rol como indagador sobre estos aspectos le permite insistir en la ausencia de un discurso historiográfico sobre el Nuevo Reino de Granada y autorizar su solvencia intelectual para ocuparse de dicho asunto:

Paréceme que algún curioso me apunta con el dedo y me pregunta, que de dónde supe estas antigüedades; pues tengo dicho que entre estos naturales no hubo quien escribiera, ni cronistas. Respondo presto por no me detener en esto. que nací en esta ciudad de Santafé, y al tiempo que escribo esto me hallo con edad de setenta años. que los cumplo la noche que estoy escribiendo este capítulo, que son los veinticinco de abril y día de San Marcos del dicho año de seiscientos treinta y tres. Mis padres fueron de los primeros pobladores y conquistadores de este Nuevo Reino. (17)

La técnica de incorporar datos autobiográficos, como una manera de legitimar la validez del discurso, fue uno de los rasgos característicos de la escritura del primer ciclo de la conquista que aún perduraba en la época colonial, especialmente durante los siglos XV y XVI, cuando la visión se expande por la serie de descubrimientos de otras regiones.

Las indagaciones que el narrador le atribuye al “curioso” lector le permiten anticipar posibles inquietudes de parte de los receptores de la época. En este sentido, el “lector” se constituye en un mediador entre el texto escrito y el lector empírico, al proyectarse como el ejecutante de un rol que consiste en reaccionar críticamente ante las interrogantes que le suscita el discurso formulado por el narrador. Estas dos instancias también permiten percibir el alto nivel performativo del discurso de esta obra, en la que el diálogo con el “lector” se constituye en un recurso fundamental para legitimar la autoridad de Rodríguez Freyle como historiador. La formulación de esta pregunta potencial, también consigue imprimírle al texto un tiempo actancial indefinido; es decir, el lector empírico de cualquier época, al identificarse con “el lector” o “curioso,” podría situarse de manera similar y sentir la misma inquietud sobre la credibilidad del narrador y su discurso.

Al lector también se le atribuye capacidad para actuar como crítico del contenido, la estructura y el enfoque histórico empleado en esta obra. Esta estrategia permite que Rodríguez Freyle se exprese sobre su método de escribir y que pueda anticipar posibles objeciones sobre el proceder discursivo de su obra, que insiste en relacionar la conquista del Nuevo Reino de Granada y las costumbres de dicho Reino con la historia antigua y los hechos relatados en el Antiguo Testamento:

Paréceme que ha de haber muchos que digan: ¿qué tiene que ver la conquista del Nuevo Reino, costumbres y ritos de sus naturales, con los lugares de la Escritura y Testamento viejo y otras historias antiguas? Curioso lector, respondo: que esta doncella es huérfana, y aunque hermosa y cuidada de todos, y porque es llegado el día de sus bodas y desposorio, para componerla es necesario pedir ropas y joyas prestadas, para que salga a vista; y de los mejores jardines coger las más agraciadas flores para la mesa de los convidados: y al que no le agrade, devuelva a cada uno lo que fuere suyo, haciendo con ella lo del ave de la fábula, y esta respuesta sirva a toda la obra. (36)

La pregunta atribuida al lector da margen a que el autor se extienda sobre las razones con que pretende legitimar su proceder de adornar “con ropas y joyas ajenas” su obra, debido a la orfandad de la misma. Un primer aspecto que amerita destacarse es cómo al formular esta pregunta Rodríguez Freyle revela una clara conciencia de los subtextos foráneos que inciden en la perspectiva con que se presentan y evalúan los hechos sobre el Nuevo Reino de Granada en su discurso histórico.

Independientemente de que intente justificar dicho procedimiento, la formulación de la pregunta apunta y levanta una duda sobre la pertinencia de un acercamiento escritural que acude a modelos foráneos y referentes de la historia antigua, cuando pretende dar cuenta de los hechos de una región del Nuevo Mundo. En este sentido, puede ser válido relacionar esta pregunta, y aun la respuesta, con el fenómeno de la desnudez americana y la necesidad urgente de suplirse con los discursos europeos que José Rabasa analiza en *Inventing America*

(1993). No solamente se trata de adornar la obra con la vestimenta prestada, sino de construir un texto que por su naturaleza desnuda requiera de subtextos foráneos.¹

Rodríguez Freyle reconoce el valor de las ropas y joyas ajenas que, en su opinión, le confieren un valor didáctico y ejemplar a su obra. No niega, sin embargo, la posibilidad de que el lector realice una lectura editada de la misma. Le atribuye a los receptores libertad para devolver los “sermoncillos” y los subtextos foráneos a sus respectivos dueños. Dicha alternativa también puede interpretarse como un signo de la conciencia que muestra este historiador sobre la necesidad de articular un modelo de escritura fundamentado en los parámetros propios de la “realidad americana.”

El rol actancial que se le adscribe al lector como almacenador de ciertos datos que se relatan en el discurso narrativo permite anticipar acontecimientos o recuperar incidentes retrospectivos. En el primer capítulo, por ejemplo, el lector tiene que almacenar la imagen de los conquistadores que fueron guiados por el indio con los dos panes de sal durante la expedición que entró en el Nuevo Reino de Granada. La misma reaparece en el segundo capítulo, con la supuesta intención de reanudar el tema de los conquistadores del Nuevo Reino de Granada, tan pronto se finalice el comentario del tema de “las guerras civiles de este Reino”:

y con esto vamos a las guerras civiles de este Reino, que habia entre los naturales, y de dónde se originaron, lo cual diré con la brevedad posible, porque me dan voces los conquistadores de él, en ver que los dejé en las lomas de Vélez, guiados por el indio que llevaba los dos panes de sal, a donde podrán descansar un poco mientras cuento la guerra que hubo entre Guatavita y Bogotá, que pasó como se verá en el siguiente capítulo. (19)

Al almacenar ciertas imágenes a través del “lector,” por ejemplo, la del indio de los dos panes de sal - que se convierte prácticamente en un *leit motif* en algunos capítulos - el narrador también logra llamar la atención del lector empírico sobre unos acontecimientos específicos

de la conquista.

En el capítulo tres, Rodríguez Freyle vuelve a adjudicarle al lector capacidad para almacenar información, esta vez con un propósito, simultáneamente, anticipatorio y retrospectivo. El historiador suspende la narración de la victoria del cacique de Bogotá, con la promesa de continuarla, lo que supone que el lector almacene dicho incidente. Por otro lado, el hecho de que en ese momento el narrador reanude el relato de la retirada del cacique Guatavita, exige que el lector recupere el tema de la guerra entre los caciques Bogotá y Guatavita a través de un acto de referencia retrospectivo.

Como resultado del juego narrativo proléptico se logra la proyección del lector como un actante activo y necesario para el fluir del discurso. No sólo se le exige recordar datos anticipatorios, sino que el rol que se le adjudica como almacenador de información también contribuye a la economía discursiva de la obra en la medida en que a través de este recurso el narrador recoge el hilo retrospectivo de la narración sin necesidad de recontextualizar detalladamente los temas. En ciertos pasajes en los que el historiador, a través del recurso de la prolepsis, anticipa incidentes y emite la promesa de reanudarlos posteriormente. En los casos en que el narrador omite las referencias específicas al lector, "Apunto esto para lo que diré adelante" (22), intuimos la presencia implícita del mismo quien en su papel de receptor inmediato del relato debe almacenar los datos ofrecidos.

Al lector también se le atribuye el rol de "investigador." Cuando el narrador trata el tema de la llegada del gobernador don Alonso Luis de Lugo, remite al lector a otras fuentes históricas para que investigue más sobre el asunto:

De allí al Perú pasó e hizo la gente con que bajó por el río Orellana o Marañón, donde le mató el tirano Lope de Aguirre, y a su querida doña Inés, como lo cuenta el padre Castellanos en sus *Elegías*, y el padre fray Pedro Simón en sus *Noticias Históricas*, a donde remito al lector que quisiere saber esto. (199)

Este aspecto revela también la relación intertextual que mantenía

El carnero con otras obras históricas de la época.

En diversas ocasiones, el narrador también trata de persuadir ideológicamente al lector para que comparta sus opiniones, como en el pasaje siguiente:

Tenían a sus vasallos tan sujetos, que si alguno quería cobijarse alguna manta diferente de los demás, no lo podían hacer sin licencia de su señor y pagándolo muy bien, y que el propio señor se la había de cobijar. Discurra el curioso en los trajes presentes, si se guardara esta ley, dónde iríamos a parar. (17)

Cuando el narrador se dirige al “curioso” pretende que el lector empírico también pueda sentirse aludido con esta preocupación. Además de ofrecer una descripción de las supuestas leyes opresivas con las que se mantenía sujetos a los vasallos de Guatavita, aprovecha para expresar un comentario que revela su apoyo al cambio de la administración indígena a la hispana.

Otro ejemplo de esta estrategia se observa cuando tras una larga disquisición sobre el tema de la codicia de bienes materiales, el narrador le formula al lector una pregunta y simultáneamente le atribuye una respuesta: “Lector, ¿qué llevaron tus antepasados de todo lo que tuvieron en esta vida?,” “Parece que me respondes que solamente una mortaja” (395). Esta respuesta puede interpretarse como una proyección de las expectativas del narrador, que además ratifica la lección moral que se propone en la obra.

La contextualización discursiva de la pregunta formulada por el narrador y de la respuesta atribuida al “lector,” permite observar que dicho enunciado se inserta en un trasfondo político-ideológico sumamente importante, ya que el tema de la codicia de bienes materiales aparece vinculado a la crítica severa que Rodríguez Freyle formula sobre ciertos administradores del Nuevo Reino de Granada.

Rodríguez Freyle pone un fuerte énfasis en persuadir al “lector” sobre la “degeneración moral” y la “idolatría demoníaca” practicada por los indígenas del Nuevo Reino de Granada. Hace referencia a este

aspecto en el segundo capítulo cuando describe la tiranía del gobierno de Guatavita y más adelante en los capítulos cuarto y quinto, en las anécdotas que describen la conducta indígena en las fiestas previas a la celebración de la ceremonia de correr la tierra. En el segundo capítulo, vincula la lujuria y la conducta incestuosa de los indígenas con el culto de adoración al demonio:

En ser lujuriosos y tener muchas mujeres y cometer tantos incestos, sin reservar hijas y madres, en conclusión bárbaros, sin ley ni conocimiento de Dios, porque sólo adoraban al demonio y a éste tenían por maestro, de donde se podía muy claro conocer qué tales serían los discípulos. (17)

Cuando menciona las fiestas previas a la ceremonia de correr la tierra, junto a las borracheras, nuevamente destaca la fornicación, el incesto y los cultos demoníacos, prácticas que desde la perspectiva religiosa europea constituían vicios abominables. Con el propósito de resaltar ese aspecto se vale del empleo del recurso deíctico. Dicho recurso funciona como un indicador espacial en el discurso que focaliza particularmente en un episodio narrativo a través de una llamada directa a la atención del "lector." Su empleo no responde, como aparenta a primera vista, a la intención de posponer el relato con el propósito de crear suspenso, sino que, evidentemente, tiene un propósito fundamentalmente persuasivo e ideológico.

En el cuarto capítulo, cuando se le ordena al lector que "ponga el dedo aquí," el "aquí" se refiere al fragmento que narra las fiestas indígenas celebradas antes de iniciarse la guerra y a la ceremonia de "correr la tierra." Rodríguez Freyle manifiesta un interés particular en que el lector entienda a cabalidad el carácter moralmente degenerado y demoníaco de estos rituales. En el quinto capítulo, una vez concluida la narración, nuevamente realiza una llamada directa al lector, para autorizarlo a retirar el dedo, puesto que presupone que "ya habrá entendido bien la ceremonia" (38).

En la articulación del discurso de *El carnero* se presencia un alto nivel polifónico en el que el "diálogo" constante del narrador con el

“lector,” y la inclusión de las voces de otros personajes permite vincular este texto con la actuación narrativa.² Rodríguez Freyle, sin embargo, manipula la voz atribuida al “lector” a través de la atribución de diversos roles actanciales para sus propios fines retóricos. Esto permite proponer que lo que se lleva a cabo en dicho texto es una especie de heteroglosia disfrazada; es decir, la presencia de diversas voces controladas por el narrador. En este sentido, si bien es cierto que el lector de *El carnero* participa activamente en la configuración del discurso histórico del Nuevo Reino de Granada, en última instancia, es una voz manejada por el historiador-narrador que lo interroga, cuestiona, atribuye interrogantes, dudas y posturas morales, y aun le adjudica respuestas. Lo persuade a través de diversas estrategias retóricas, y lo insta a ponerse de acuerdo con sus afirmaciones, con el propósito de crear un discurso que apelara efectivamente a los receptores empíricos de la época colonial.

Kent State University

NOTAS

¹ En *Myth and Archive* (1990), Roberto González Echeverría postula la imperativa necesidad del escritor latinoamericano de escribir el continente con todas sus particularidades y detalles, como una respuesta a la falta de registros de información. A esta necesidad parece responder la inclusión de los casos o las flores como les llama Rodríguez Freyle, cortadas del jardín de los sucesos más o menos escandalosos de la vida colonial novogranadina.

² Hemos trabajado el tema de la representación en esta obra en el artículo “La actuación narrativa en *El carnero* de Juan Rodríguez Freyle (1638)” (Revista de estudios colombianos 15).

BIBLIOGRAFIA

Arzáns de Orzúa y Vela, Bartolomé. *Historia de la villa imperial de Potosí*. Eds. Lewis Hanke & Gunar Mendoza. Rhode Island: Brown UP, 1965.

- Foster, David W. "Notes Toward Reading Juan Rodríguez Freyle's *El carnero*: The Image of the Narrator." *Revista de estudios colombianos* 1 (1986): 1-15.
- Genette, Gérard. *Narrative Discourse Revisited*. Trans. Jane E. Lewin. Ithaca, NY: Cornell UP, 1988.
- González Echeverría, Roberto. *Myth and Archive. A Theory of Latin American Narrative*. Cambridge: Cambridge UP, 1990.
- Hermosilla, Luis. "La actuación narrativa de *El carnero* de Juan Rodríguez Freyle (1638)." *Revista de estudios colombianos* 15 (1995): 31-38.
- Mignolo, Walter. "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista." Ed. Luis Iñigo Madrigal. *Historia de la literatura hispanoamericana*. Tomo I. Colonial. Madrid: Cátedra, 1982. 57-116.
- Rabassa, José. *Inventing America*. Norman and London: Oklahoma UP, 1993.
- Rodríguez Freyle, Juan. *El carnero*. Ed. Darío Achury Valenzuela. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979.